

Accésit

Álvaro Hernández Areosa

Un ángel rojo

Tirado al pie de una encina, Gervasio digería tranquilo el almuerzo que acababa de degustar. Una cuña de queso curado acompañada por un mendrugo de pan y regados por un fresco clarete era condumio suficiente para el guardés del Castillo de Viñuelas. Medio dormido, dejaba pasar el tiempo esperando a que el calor de aquel día de agosto cediese. No estaba lejos de una vaguada en la que crecían las mejores moras de la zona y pensó que sería conveniente pasar por allí a recolectar el postre antes de continuar su itinerario.

Cuando por fin se decidió a reanudar la marcha, hizo un torpe movimiento para recostarse sobre el tronco del árbol que le daba sombra y procedió a liarse un pitillo. Aunque llevaba trabajando en la finca casi toda su vida, a sus sesenta y dos años aún se maravillaba contemplando el majestuoso encinar adhesionado en el que vivía y se desempeñaba. ¡Qué afortunado se consideraba al no tener que pasar sus días encerrado de sol a sol en una fábrica o labrando trabajosamente el campo como la mayoría de sus semejantes!

Con la ayuda de su vara de avellano se puso en pie y cargó el morral casi vacío. Viajaba ligero. No portaba armas, apenas su navaja de estilo árabe con mango de asta de toro. Las armas de fuego, dada la situación que vivía España en aquel verano de 1936, habían sido requisadas por los defensores de la República. Él, obediente, había entregado en tiempo y lugar la vieja escopeta que el señor le había entregado años atrás y que apenas había disparado un par de veces junto con diez cartuchos que creía estaban estropeados. La armería del Castillo también había sido incautada.

Siguiendo la ribera del Arroyo de Valdelamasa, justo antes de llegar a la confluencia con el de Viñuelas, dio con su objetivo. Divisó el respetable bosquete, en el que tres grandes pinos daban cobertura a una amalgama vegetal en la que tímidas encinas y vigorosas zarzas luchaban por la supremacía del oasis. Se lanzó



sin miramientos a por las moras más gordas que, para compensar el calor del día, ofrecían sus frescas drupas como un elixir.

Saciada su vena golosa reanudó el camino a través de la dehesa hasta abandonarla por la entrada suroriental, que permanecía abierta desde que las organizaciones republicanas de las localidades cercanas habían tomado el control de la propiedad tras el golpe militar. Desde entonces, su trabajo consistía en merodear por la finca, ahora ocupada, intentando evitar que se cometiera cualquier tropelía contra su monte. Con el castillo podían hacer lo que quisieran.

Al otro lado de la tapia el paisaje era completamente diferente. Cruzar aquella barrera siempre le producía una ligera sensación de desasosiego, aunque nunca supo explicarlo con palabras. En su lado se sentía seguro. Cada rincón, cada árbol y cada animal eran conocidos. En el otro, la desolación de los campos de labor y, en definitiva, la inmensidad del mundo.

Pero aquella era una ocasión especial. La excursión fuera de sus dominios estaba más que justificada. Caminaba tranquilo en dirección al cercano municipio de San Sebastián de los Reyes para encontrarse con su hijo y con su primer nieto, Pedro, nacido a primeros de agosto. Una pizca de orgullo le invadió al pensar en la pequeña estirpe que estaba forjando, sintiéndose al mismo nivel que señores y reyes.

Gervasio recortaba el camino, conocedor de las sendas y vías que cruzaban los grandes campos de labor que separaban la finca del pueblo. En ningún caso había necesidad de acercarse a la carretera, tan agitada en aquellos días. Unos y otros se daban el alto, se detenían, se liberaban o se mataban, presos del descontrol, la desconfianza y la desinformación.

A la altura de las primeras huertas levantadas a las afueras del pueblo cuatro milicianos esperaban aburridos, apoyados en una tapia. Al verle salieron a cortar el paso. Se podía reconocer que no eran soldados profesionales dado que su vestimenta militar, si se podía llamar así, era bastante variopinta. Aunque uno de ellos sí vestía un equipo completo, los demás mozos parecían más disfrazados que uniformados. Las desfasadas gorras cuarteleras, las descosidas polainas y las viejas botas invitaban a pensar en la reciente formación de la tropa. La ropa civil que lucían tampoco contribuía a enaltecer su aspecto marcial. Uno llevaba una camisa blanca de domingo que sobresalía por debajo de su guerrera. Otro, un mono de trabajo y el último calzaba sus pies con unas alpargatas casi deshechas.

—¡Alto! — gritó el que parecía el líder saliendo disparado para cortar el paso. Los demás milicianos avanzaron en tromba detrás de él.

Cuando le encañonaron se fijó en sus armas, casi más heterogéneas que sus ropas. Una escopeta de caza, portada por el chico rubio que calzaba las raídas alpargatas, destacaba sobre las pistolas de los otros. Entre éstas se distinguía la Astrona oficial del líder sobre las cortas Star, las favoritas de los pistoleros sindicalistas.

—¿Quién eres y qué te trae a rondar los caminos del pueblo? A ver, documentación.

Se notaba que estaban nerviosos y que querían impresionarse unos a otros. No podían defraudar al comité miliciano que los había encargado vigilar aquella zona del pueblo. Gervasio se identificó y explicó sosegadamente, pues estaba convencido de que no tenía nada que ocultar, lo que le llevaba a andar por allí.

—¡Uy! Un nieto con nombre de apóstol. Vamos, registradle. No vaya a resultar un fascista encubierto. — El jefe del grupo no se fiaba ni de su sombra. Además, la dirección de la JSU solía ofrecer buenas recompensas por ellos.

Uno de los pistoleros tomó su morral mientras el otro procedió a cachearle, aún con la pistola en la mano. En el macuto sólo encontraron la navaja con los restos del almuerzo y el tabaco, mientras que en el bolsillo del pantalón encontraron un pequeño crucifijo. El líder esbozó una sonrisa. Había habido suerte.

—La navaja y el condumio lo administraremos nosotros. Todo avituallamiento que sirva en beneficio de las tropas leales a la República es bien recibido, camarada. Respecto a esto otro, —dijo tomando el crucifijo— tendrás que acompañarnos para explicárnoslo con más detalle. Es por tu bien. Oficialmente quedas bajo vigilancia de las Juventudes Socialistas Unificadas.

El joven que portaba la escopeta y las alpargatas reconoció a Gervasio, pues trabajaba con su hijo labrando unas tierras cercanas propiedad de unos señores del pueblo. Aunque dudó en un principio y no supo si debía intervenir, sabía que todo lo que el viejo había dicho era verdad y que, desde luego, no era ningún fascista. Al compartir la información con su cuadrilla el jefe le interpelló con rabia.

—Tú cállate, que me tienes hasta los huevos. Si por ti fuera no existiría ningún fascista en el pueblo. Y sabemos que hay una mayoría de ratas conservadoras. He dicho que nos lo llevamos. Y al que proteste, le fusilo aquí mismo.

Los tres guerrilleros agacharon las orejas. Como tantos otros, callaron y aceptaron las órdenes de unos pocos, llenas de sed de venganza. Ellos eran del pueblo y conocían al hijo del guardés. Si bien era cierto que su hijo no estaba afiliado a ningún grupo obrero, nadie dudaba que no se trataba de ningún

señorito. Lo del bautizo venía, como quien dice, porque era lo que se había hecho toda la vida.

Se pusieron en marcha, siempre con el cabecilla al frente del pelotón, que marchaba a paso ligero. Gervasio no sabía qué pensar. Su instinto le decía que todo era un error y que la confusión se aclararía pronto, aunque en lo que iba de verano había oído y hasta presenciado algunas barbaridades. A pesar de que no le pusieron grilletas, los cañonazos que recibía por detrás cuando acortaba el paso le recordaban que la cosa iba en serio.

En el camino notó que el pueblo estaba cambiado. Los vecinos que andaban por la calle iban de un lado para otro, desconfiados y nerviosos. Algunos milicianos, armados, hacían guardia en las puertas de varias casas. A lo lejos pudo ver la de su hijo, tremendamente modesta. La puerta estaba cerrada a cal y canto pero algunas prendas puestas a secar parecían indicar que su familia se encontraba allí.

La penumbra le cegó al entrar en el calabozo municipal. Cuando sus ojos se acostumbraron por fin a la oscuridad distinguió a varias personas que fumaban distraídas apoyadas en un escritorio. Al verles entrar se incorporaron rápidamente, estirando sus uniformes y ajustándose las gorras. El cabo que les había conducido hasta allí explicó los motivos del arresto.

–Nombre completo y lugar de procedencia. –Inquirió el que parecía que estaba al mando.

–Gervasio Santos. Soy el guardés del Castillo de Viñuelas, pero soy natural de San Agustín de Guadalix –respondió obediente el detenido. Uno de los soldados mecanografiaba a toda velocidad la información que aportaron los muchachos sin levantar la vista de la máquina.

–Bien. No son necesarias más declaraciones. Camaradas, llevad al detenido al calabozo como medida preventiva.

Gervasio intentó justificarse torpemente mientras era conducido por sus captores. Todo era una grave equivocación, un gran error. Él sólo había bajado al pueblo para conocer a su nieto. No tuvo tiempo de explicarse pues enseguida se encontró encerrado en una habitación.

Abandonado en la estancia tropezó con un par de baúles hasta que se sentó en un viejo camastro de paja que encontró a tuestas en una esquina. Apenas podía ver nada. La ventana había sido burdamente condenada y la iluminación era pésima. En ese momento consideró realmente la posibilidad de morir. Este pensamiento le iba asfixiando y la sensación de angustia iba en aumento. No

entendía nada. Todo era un error, un tremendo error que debía ser enmendado cuanto antes. Varias veces se acercó hasta la puerta, aporreándola desesperadamente exigiendo su liberación. Todo esfuerzo fue inútil. Se recostó de nuevo en el jergón y pensó en su mujer. Quizá, al menos, se reencontraría pronto con ella.

El tiempo pasaba. No sabía si rápido o lento. Supo que la noche había llegado, pues los rayos que se colaban a través de los ladrillos de la ventana habían desaparecido. Sumido en la penumbra y en el más completo de los silencios, de pronto un estruendo llenó el edificio. Se oían voces y algunos gritos. Los pasos se fueron acercando hasta la puerta que se abrió repentinamente.

Pudo ver, iluminado por la luz del pasillo, como empujaban a otro hombre dentro de la sala. Inmediatamente después echaron el cerrojo y los pasos se alejaron dando grandes zancadas. Un ahogado sollozo rompió el silencio que se había creado. El desconocido pensaba que estaba solo y se desahogaba, presa del miedo. Gervasio no sabía si tratar de consolarlo o continuar en silencio.

Cuando se extinguió el llanto Gervasio creyó conveniente hablar, sorprendiendo al pobre con el que compartía desgracia. Después de intercambiar algunas informaciones resultó que se conocían. Julián Álvarez era su compañero de encierro. Hijo de un mediano agricultor afincado en la localidad, tenía algunos compromisos comerciales con el señor del Castillo de Viñuelas y había establecido trato con el guardés porque proveía recurrentemente a la finca de grano para los cebaderos en época de caza. Le habían sacado de su casa a la fuerza. Todos en el pueblo sabían que era partidario y votante de Unión Republicana.

A borbotones fueron entrando personas en la sala. Hombres y mujeres. Padres, hermanos e hijos. Algunas familias enteras se reunían en aquel cuarto oscuro. Los susurros de los más asustados se mezclaban con los gritos desesperados de otros, pidiendo explicaciones. El alguacil entraba y salía trayendo nuevos arrestados y llevando a los veteranos a declarar por segunda y hasta por tercera vez. La confusión era enorme. Algunos afortunados salían, probablemente beneficiados por avales de conocidos pertenecientes a la UGT o a la JSU. Nadie se preocupó de Gervasio, que adaptado ya al trajín contemplaba la situación tirado en una esquina. Tantos reclusos llegó a haber que enviaron a los hombres a la escuela cercana y a las mujeres a la clínica adyacente al ayuntamiento para ser custodiados mejor.

Ya de madrugada, empezaron a sacar poco a poco a los hombres. Algunos salían muy dignos, confiados de que su destino sería la libertad. Otros se resistían, intuyendo que era probable que les esperase un triste final. Por fin le llegó el turno

a Gervasio. El alguacil cantó su nombre varias veces. Cuando se incorporó extenuado y confundido se dirigió hacia la puerta como un cordero conducido al matadero.

Volvieron a ponerle delante del improvisado tribunal. Mientras leían en voz alta la declaración que la tarde anterior habían dictado por él ni siquiera intervino. Su edad y las largas horas de espera le habían proporcionado un control temporal sobre sus emociones. Estaba tan extenuado que ya no escuchaba ni sentía nada.

–Este hombre ha sido preso por portar un crucifijo. Además no vive en el pueblo. ¿No es eso? –preguntó un tipo que respondía al nombre de camarada Lucio. –Desde luego, pinta de fascista no tiene.

Gervasio estaba hecho un trapo. La descuidada barba tapaba la suciedad de su cara. La camisa, desabrochada y arremangada, no parecía mucho más limpia. Tenía los pantalones de pana rotos y los dedos del pie izquierdo asomaban por la punta de la alpargata. El miliciano de la escopeta que le había detenido, que aún andaba por allí por falta de efectivos, volvió a interceder por él, jugándose su reputación. Era el guardés del Castillo. Era el padre del Ricardo, un joven labriego de Guadalix casado con una muchacha del pueblo.

El comisario dudó, mirando inquisitivo al muchacho que declaraba a su favor. Las callosas manos y las profundas arrugas de su cara no mentían. Ser el siervo de un fascista no le convertía en uno. Tras sopesar el caso unos momentos ordenó poner en libertad al anciano, que debido a la confusión acumulada no pudo reaccionar ante la decisión.

Cuando le soltaron en la puerta del edificio observó cómo los milicianos iban subiendo a la caja descubierta de un pequeño camión de reparto a otros con los que había compartido cautiverio. Entre ellos se encontraba Julián Álvarez. Pese a que le habían advertido que debía desaparecer del pueblo a la mayor brevedad posible para evitar nuevos malentendidos, instintivamente corrió hacia la casa de su hijo. Tocó la puerta, preso de la ansiedad, y aguardó hasta que el propio Ricardo se dejó ver con el nieto entre los brazos. Gervasio se lanzó al cuello de su hijo y sólo pudo decir “¡Estoy vivo!”.

Miguel Canales